

Suharto, explica Vatikiotis, siempre ha otorgado a las fuerzas armadas una posición central, que tendrán posiblemente un papel de importancia el día en que falte aquél —que ya tiene 76 años (en 1997) y no está demasiado bien de salud—, en el mantenimiento de la “unidad” del país, en la continuidad del régimen, en la continuidad de las relaciones privilegiadas con los países occidentales y con las transnacionales.

Es cierto, por otro lado, que el régimen de Suharto, dice Vatikiotis, ha tenido algunos éxitos más que medianos en el campo de la economía, en particular en el del crecimiento económico, que a veces el autor parece confundir con el del desarrollo.

Analiza luego, con cierta extensión, el papel del Islam en un país oficialmente islámico, que tiene fama de ser tolerante, pero que trata de imponer el Islam muchas veces por la fuerza —por ejemplo, en Irian Jaya—, en el que el integrista no es excesivamente radical, porque los partidos musulmanes están, en parte, asociados al poder.

Escaso espacio, generalmente de pasada, concede el autor, en cambio, a los problemas étnicos en un país multiétnico y con marcadas diferencias regionales, y uno de los más conflictivos, en el que la tendencia centrifuga de las minorías nacionales puede incidir en el futuro —piénsese en el hoy menos virulento problema de las Molucas, o en el de Irian Jaya y en el de Timor, en el malestar de otras poblaciones, aun de las malayas, por la política de la Transmigrasi o traslado de poblaciones a islas menos pobladas—.

El futuro de Indonesia, pues, depende de varios factores de entidad, que Vatikiotis considera con incisividad periodística y con una leve simpatía indulgente hacia Suharto y su régimen, quizá deslumbrado por su estabilidad y por los muchos atractivos del país: así, nos dice que el general ha ido acumulando una ingente fortuna familiar, como otros dictadores del mismo tipo, pero... añade Vatikiotis, Suharto, a diferencia de éstos, ha reinvertido parte de su fortuna...

C.A. CARANCI

RODAO, Florentino: *Espanoles en Siam (1540-1939)*, CSIC, Madrid 1997, 206 pp.

Asia siempre ha interesado poco a los estudiosos españoles: los asianistas han sido y son pocos, y su calidad no ha sido o es siempre la deseable (digamos, de pasada, que Oceanía ha interesado aun menos, y no tememos exagerar si decimos que sólo hay tres o cuatro oceanistas españoles).

Ni siquiera el imperio español de Asia y de Oceanía y las relaciones de España con estas partes del mundo han interesado gran cosa a los estudiosos, mucho menos, sin duda, que el estudio del imperio americano. De ahí que los filipinistas hayan sido siempre relativamente pocos, aunque no han faltado (y los estudiosos de la Micronesia ex española prácticamente no han existido como tales —es decir, como estudiosos a tiempo completo o al menos parcial pero con una continuidad y una profundidad operativas—). Hay que decir, sin embargo, que en los dos últimos decenios el número de filipinistas ha aumentado y lo mismo la calidad de su producción.

Y, como era de esperar, tampoco ha interesado mucho la presencia española en otras zonas de Asia, pese a que España mantuvo contactos y relaciones más o menos intensas con China, Japón, Annam, Camboya, Siam, y varias partes de lo que hoy es Indonesia o Malaysia y pese a que, en determinados períodos, estuvo a punto de poner pie en el continente asiático. Y pocos han sido los títulos aparecidos sobre estos contactos y, aun así, de manera errática, hasta hoy.

Por eso, además de los méritos que pueden tener, hay que dar la bienvenida a los escasos títulos que van apareciendo penosamente; uno de éstos es el necesario y también muy interesante libro de Rodao, que viene a llenar un hueco en la historiografía de las relaciones con los demás países de Asia.

Se trata de una historia de las relaciones de España con Siam (hoy Tailandia) desde el

siglo XVI hasta 1939. Estas relaciones fueron más intensas de lo que habitualmente se cree. Sin embargo, estuvieron presididas siempre por la inconclusión.

El autor estudia las relaciones bastante exhaustivamente, dividiéndolas en cuatro etapas: la primera, a partir del siglo XVI, es corolario de la expansión imperial del Reino de España por Asia sudoriental. España trata, desde su posesión de Filipinas, de comerciar con el Sudeste de Asia y de anexionarse nuevos territorios en ese área, en lo que hoy son Camboya, Laos y Tailandia, sin éxito. Del resultado son responsables la inoperancia, la indecisión, los problemas presupuestarios, y la actitud remisa de los gobernantes siameses —que, digámoslo de pasada, ya mantenían relaciones comerciales y políticas con las entidades políticas filipinas antes de la llegada de los españolas—. Rodao resalta justamente lo determinante que fue la unión temporal entre España y Portugal en 1580 —y luego la separación en 1640—, al menos indirectamente: marca el declinar del comercio portugués con Asia suroriental por el Cabo de Buena Esperanza, entre otras consecuencias (p. 6-7).

En la segunda etapa, que Rodao hace comenzar en 1604 y prolonga nada menos que hasta 1821, priman los aspectos comerciales, la piratería, los conflictos armados y la competencia con Holanda sobre los aspectos políticos e imperiales. Pero ahora también, sobre todo a partir del siglo XVIII, fracasan los numerosos y ahora más sólidos intentos —siempre desde Filipinas— de establecer relaciones diplomáticas y económicas de importancia y duraderas y de incluir al Siam de Ayuthia en la red comercial americano-asiática establecida por los españoles, cuyo símbolo será el galeón de Manila. Asimismo, a partir de 1630 —y ante el peligro de la presencia holandesa en América— España semiabandona Asia y se concentra en aquel continente, lo que, como bien dice el autor (p. 63), representa un giro en el interés español por Asia. Las cosas no cambian para

España con el advenimiento de la dinastía Chakri en la nueva capital, Bangkok, en 1782 y el fortalecimiento de Siam como potencia del área.

La tercera etapa cubre el siglo XIX, en la que España, tras la pérdida de las colonias americanas, y a partir de la dependencia directa de Filipinas de la metrópoli, pretende con poco realismo, sacar algún provecho de su presencia en Asia y de sus antiguas relaciones con Siam, con resultados mínimos (algún tratado, en 1870, en 1880, un consulado en Bangkok, un poco de comercio, algún nuevo plan expansivo sobre el papel), en un contexto de imposible competencia con las grandes potencias europeas en Asia y de claro declive imperial de Madrid. (Esta etapa incluye la visita a España en 1897 del rey siamés Chulalongkon [el Chulalongkorn de los ingleses], salpicada de ridiculizaciones y zafiedades racistas en la Prensa española a costa del despistado rey, además displicentemente recibido.).

Tras la derrota de 1898 se inicia la cuarta etapa: España ha perdido las Filipinas y con ellas terminan los sueños coloniales y todo interés por Asia y, obviamente, también por Siam. Sólo entrado el siglo XX se establecen relaciones diplomáticas formales, pronto dentro del marco de la Sociedad de Naciones, pero escasas, marcadas por la indiferencia y la lejanía física y psicológica, y sin especiales pretensiones por parte una España que pronto se iba a ver hundida en la guerra civil, y un Siam donde un golpe militar (1932) iba a abrir el camino a la monarquía constitucional. Los últimos contactos de cierta entidad, que no cuajan, tienen que ver con el intento frustrado del bando nacional en la Guerra Civil española de obtener el reconocimiento de Siam.

El estudio termina con un muy interesante y original pero desgraciadamente breve capítulo sobre las visiones mutuas (Cap. V, "Percepciones mutuas", pp. 167-174): la que se tenía en España sobre Siam, en la que predomina, sobre todo del siglo XIX en adelante, el

complejo de superioridad europeo, el desconocimiento y el racismo —véase el recibimiento a Chulalongkon—; y la que los siameses recibían sobre España a través de los británicos primero —bastante superficial e incluso “folklórica”— en el siglo XIX, y la que recibirán a través del Japón semifascista que conducirán a Siam a simpatizar con el bando rebelde durante la Guerra Civil de 1936.

Unas relaciones, pues, las establecidas entre España y Siam, cuya característica principal fueron los escasos resultados, y creemos que esta es la idea que quiere transmitirnos Rodao. El autor habría deseado unas relaciones más intensas y profundas entre ambos países, pero su postura “reivindicativa” no se sitúa en una perspectiva imperial, sino sobre una base igualitaria; a lo largo de todo el libro se constata esta actitud respetuosa hacia los siameses. Una prueba, entre otras, de ésta es que el autor se toma la molestia de explicarnos, a veces extensamente, la historia y la política siamesa de esos siglos; lo más frecuente es que el historiador europeo asuma una única perspectiva, y nos deje an ayunas sobre la evolución, opiniones y actitudes de la otra parte.

Unas relaciones, en suma, concluye Rodao, poco intensas, poco profundas, discontinuas e improvisadas, pero relativamente estables, quizá por su propia exigüidad, demasiado condicionadas por las propias situaciones internas —lo que quiere decir que por ninguna de las dos partes había una política sólida y autónoma— y, por si fuera poco, por “Las influencias de carácter extrabilateral” que “han marcado profundamente las relaciones (...)”, como fueron los conflictos en estos países se vieron envueltos (camboyano-siameses, hispano-holandés, fin del imperio español de América, políticas británica y francesa en el Sudeste de Asia, etc.).

Sólo queda decir de este sólido estudio que es lástima que el autor no lo haya continuado hasta hoy.

C.A. CARANCI

## Asia

BUSTELO, Pablo y PLAZA, Sergio (Coords.): *Desarrollo económico e integración comercial en Asia Oriental*, A.E.C.I., Madrid 1996. 334 pp.

Como escribe Pablo Bustelo en el primer artículo de este libro colectivo titulado “La orilla asiática del Pacífico: retos y perspectivas en los años 90”, que sirve como introducción general al mismo, la orilla asiática del Pacífico es la región de mayor crecimiento económico del mundo en los últimos treinta años y el lugar hacia el que se está trasladando el centro de gravedad comercial, industrial, financiero y tecnológico del planeta. Las tendencias recientes de la economía mundial y de las relaciones internacionales están teniendo consecuencias importantes entre las que se cuentan algunas adversas, en la región. No obstante, las perspectivas económicas de la misma hasta fines del decenio en curso y principios del siglo XXI parecen, a todas luces, excelentes.

Esta región está compuesta por países muy diversos: además del superdesarrollado Japón y de China, en proceso de reformas económicas, se cuentan otros países considerados todavía en desarrollo pero con un ritmo sin precedente de progreso económico y social, como son los nuevos países industriales asiáticos (los cuatro “pequeños dragones”): Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur; también los principales países de la Asociación de Naciones de Asia Suroriental: Tailandia, Malaysia, Indonesia y Filipinas (los tres restantes miembros de la ASEAN son Singapur, Brunei y Vietnam); varios países de economía centralizada como Laos, Camboya, Myanmar y Corea del Norte; y por último, varios países del Pacífico, de muy escasa entidad económica.